

XIII

Apostolado mariano

En nuestras consideraciones precedentes nos hemos convencido de que el reino de Cristo vendrá por el reino de María, por la práctica generalizada de una devoción mariana íntegra. Con esta convicción nos es fácil decidirnos a contribuir con todos nuestros esfuerzos a este reino mariano, condición indispensable y medio, no único, pero sí infalible, para realizar el reino de Dios. Por este motivo Montfort nos pide el apostolado mariano en términos convincentes: *«Como un buen siervo y esclavo, no se debe permanecer ocioso; sino que es preciso, apoyados en su protección, emprender y realizar grandes cosas para esta augusta Soberana. Es menester defender sus privilegios cuando se los disputa; es necesario sostener su gloria cuando se la ataca; es preciso atraer a todo el mundo, si fuera posible, a su servicio y a esta verdadera y sólida devoción; es menester hablar y clamar contra los que abusan de su devoción para ultrajar a su Hijo, y al mismo tiempo establecer esta verdadera devoción»*⁶⁴.

Pío XII se atrevía a imponer esta obligación, por decirlo así, a los 600.000 peregrinos que asistían, el 13 de mayo de 1946, a la coronación de Nuestra Señora de Fátima, y la habían reconocido y aclamado, así como su Reina: *«Al coronar la estatua de Nuestra Señora os habéis comprometido, no sólo a creer en su realeza, sino también a depender lealmente de su autoridad, a responder filial y continuamente a su amor. Habéis hecho más que eso: os habéis alistado como Cruzados para la conquista o la reconquista de su reino, que es el reino de Dios. Esto quiere decir que os obligáis a esforzaros para que Ella sea amada, venerada, servida alrededor vuestro en la familia, en la sociedad, en el mundo»*.

⁶⁴ Tratado de la Verdadera Devoción n. 265.

Hemos demostrado precedentemente que en este campo pueden y deben hacerse progresos importantes, tanto en profundidad como en extensión. Cuando se piensa que en el orden sobrenatural nada se hace sin Ella, ni una definición dogmática, ni unafurtiva oración jaculatoria, nada de importancia ni nada mínimo por el reino de Dios, uno se da cuenta de que aún falta mucho por hacer para adaptarnos plenamente a los designios de Dios en este punto. Caminamos hacia la Tierra prometida, es cierto. Pero estamos aún lejos de haberla alcanzado. Es tarea de los sacerdotes y de todas las almas apostólicas encaminar el pueblo cristiano hacia esta Tierra de maravillas⁶⁵.

Podemos y debemos practicar el apostolado mariano de muchas maneras: por el apostolado de acción, empujando las almas a la devoción mariana bajo todas sus formas, sin excluir la más elevada; y por un apostolado oculto, subterráneo, de que trataremos más tarde.

Asimismo, podemos ser apóstoles de acción en el campo mariano de dos maneras, «*in recto*» e «*in obliquo*», diría la Escolástica: ya sea tomando como fin inmediato de nuestros esfuerzos apostólicos el desarrollo de la piedad mariana en nuestros semejantes, ya sea —sin hacer de ella el objeto directo e inmediato de nuestros esfuerzos— propagando la doctrina y la devoción mariana más bien como de paso, esto es, impregnando con ella nuestro trabajo apostólico general, o si se quiere, haciendo apostolado con un espíritu mariano.

⁶⁵ Las consideraciones que siguen pueden ser útiles a todos nuestros lectores. Lo serán ante todo a los sacerdotes, que se cuentan en gran número entre nuestros lectores. Pero, por lo demás, todas las almas que, por uno u otro título, se dedican a la enseñanza religiosa y a las obras de apostolado, sacarán grandísimo provecho en penetrarse de ellas.

Quien reflexiona debe admitir el siguiente principio: que, dada la misión de María en toda la economía sobrenatural, nuestra actividad apostólica debe estar enteramente impregnada del pensamiento y de la influencia de María.

Debemos dirigirnos a Ella para obtener las gracias apostólicas, pues toda gracia nos viene por Ella después de Dios. No quiere esto decir que sea necesario hacerlo siempre de modo expreso y explícito. Hemos de aplicar aquí lo que Montfort escribe de nuestros esfuerzos de santificación personal: *«Persuadíos, pues, de que cuanto más miréis a María en vuestras oraciones, contemplaciones, acciones y sufrimientos, si no con vista distinta y advertida, por lo menos con una general e imperceptible, más perfectamente encontraréis a Jesucristo, que siempre está con María, grande, poderoso, operante e incomprendible»*⁶⁶.

Esto vale también para toda nuestra actividad apostólica. Hemos de penetrarnos a fondo de nuestra dependencia total para con Ella en toda empresa sobrenatural, reconocer prácticamente esta dependencia, de un modo u otro, y de vez en cuando recordarnos de la necesidad que tenemos de su socorro, y volvernos hacia Ella. Asimismo, hay que hacer que las almas sean conscientes de esta dependencia, introduciendo a la Santísima Virgen, de una manera u otra, en nuestra actividad apostólica. Fuera de esto, para producir frutos de salvación y de santidad en las almas, bastará que nos mantengamos en la convicción habitual de nuestra dependencia de Nuestra Señora.

Una vez más, reconocer prácticamente el papel decisivo de la Santísima Virgen en nuestra vida apostólica puede hacerse de más de un modo. Podemos hacerlo más bien subjetivamente, invocando a

⁶⁶ Tratado de la Verdadera Devoción n. 165.

Nuestra Señora o renovando la consagración a Ella antes o después de cada empresa apostólica. O bien instalando, por ejemplo, una imagen de la Santísima Virgen en la sala del patronato, o insertando un lema mariano en el encabezado de un trabajo escrito, o invocándola con los oyentes o alumnos antes de una predicación o lección de catecismo. Muy hermosa costumbre, un poco desaparecida hoy, era la de rezar un Avemaría después del exordio de un sermón; el Padre Poppe estaba muy bien inspirado al recordar o invocar a la Mediadora de todas las gracias al comienzo de cada alocución.

Otra manera de dar a la Santísima Virgen el lugar a que tiene derecho en nuestros trabajos apostólicos es evocar su pensamiento o su recuerdo a propósito del tema de que se está tratando. La mayor parte del tiempo eso podrá hacerse sin la menor búsqueda o apariencia de afectación. Uno queda sorprendido a veces de ver a sacerdotes, teóricamente muy favorables a la orientación mariana actual, no aprovechar las ocasiones más naturales de traer su recuerdo o su mención en una predicación, un artículo, una lección de religión. Si predicamos sobre la Santísima Trinidad, no hace falta decir que señalaremos los vínculos excepcionales de María con cada una de las tres Personas divinas. Si hablamos de la grandeza y del poder divinos, encontraremos la ocasión de subrayar la infinita dignidad de la Maternidad divina. Cuanto tratamos del cielo, recordaremos a nuestro auditorio que María es la Puerta del cielo abierta para todos: «*Quæ pervia cæli Porta manes*» ... ¿Hablamos de la vida de la gracia? Es casi imposible no mostrar a Aquella que la ha recibido en su plenitud, y que es su Canal y su universal Mediadora. ¿Queremos conducir al arrepentimiento y a la contrición a todo un público, o a una sola alma? Una de las razones de nuestro pesar serán los dolores de la Santísima Virgen, de que nuestros pecados fueron causa. ¿Exhortamos a la humildad, a la pureza, a la caridad, al espíritu de oración, al recogimiento? No será difícil señalar, aunque sea

rápidamente y como de paso, a la Santísima Virgen como perfecto modelo de estas virtudes.

Ciertamente que no es exagerado pedir a todos los que lo han comprendido, que «marianicen» de un modo u otro toda obra de apostolado de alguna importancia que se les solicita realizar: un libro, un artículo que escriben, una predicación que hacen, una reunión que presiden, una lección de religión que dan... ¿Será pedir demasiado que jamás ninguno de nuestros penitentes deje el confesionario sin que le hayamos deslizado al oído y en el alma, a título de aliento, el nombre de su Madre? Hagámoslo, pues, una vez más, con sencillez y franqueza, sin ostentación. Si lo hacemos por convicción sincera y con amor filial recto y simple, la cosa parecerá totalmente normal, y nadie quedará ofuscado por eso, ¡al contrario!

Estemos seguros de que la respuesta del cielo a lo que es por parte nuestra, en definitiva, un esfuerzo de adaptación al plan de Dios, será una efusión abundantísima de gracias. San Francisco Javier decía que los pueblos siempre habían resultado refractarios al Evangelio hasta que no les mostraba, juntamente con la Cruz de Jesús, a su dulcísima y amabilísima Madre. El Cardenal Griffin declaraba hace poco que, para volver a llevar a Cristo a Inglaterra, era preciso volver a entregar este país a María. Y no habrá un solo sacerdote que en ciertas ocasiones no haya experimentado, como nos ha pasado a nosotros tantas veces, esta maravillosa intervención materna de María en las almas.

Nos parecería faltar a nuestro deber si no señaláramos en esta ocasión una organización contemporánea que es la prueba viva y palpable de lo que acabamos de recordar: la Legión de María, a base de fuerte doctrina mariana, que después de algunas décadas de existencia, se ha difundido por todas partes en el mundo. Fabulosos y casi increíbles son los resultados logrados, tanto en los países civilizados como en los países de misión. Es cierto que sus miembros

ejercen una actividad admirable y practican una dedicación sin límites. Pero es incontestable que —como ellos son los primeros en proclamarlo— los frutos excelentes de su apostolado se deben en su mayor parte al hecho de que en su acción apostólica se sienten y se muestran totalmente dependientes de María. ¿No será esto una indicación para la Acción Católica en general? Es cierto también que en muchos países hay esfuerzos muy loables en este sentido. Estos esfuerzos hay que continuarlos, extenderlos e intensificarlos, para que la Acción Católica responda completamente a las esperanzas que los Sumos Pontífices tienen puestas en ella. Piénsese, por ejemplo, que, como tema de estudio, ninguno fuera de Dios, de Cristo o de la Eucaristía merece tanta atención y esfuerzos como el de María.

Grabemos todos en nuestra memoria y en nuestro corazón, como consejo implícito, la preciosa felicitación que Pío XII dirigía a los hombres de la «Gran Vuelta»: *«Nos os felicitamos por tomar a pecho esta salvífica devoción mariana, por propagarla alrededor vuestro, por hacer de ella la palanca de vuestro apostolado. Nos queremos ver en ello la prenda y la garantía de la conversión de los pecadores, de la perseverancia y del progreso de los fieles, del restablecimiento de una verdadera paz en todas las naciones, entre ellas y con Dios»*. La «*salvífica devoción mariana*» de que se trata aquí, como lo demuestra el contexto, tiene como núcleo la consagración mariana; por eso, las palabras del Santo Padre son un precioso aliento a difundir la doctrina y la práctica de esta donación.



XIV

Apostolado mariano directo

En todas nuestras empresas apostólicas debemos dar a la Santísima Virgen el lugar que le corresponde según el plan divino. También debemos hacer acto de apostolado mariano directo a su debido tiempo, y esforzarnos para que Nuestra Señora sea más conocida, amada y honrada.

Nosotros, sacerdotes, predicadores, hemos de saber aprovechar las ocasiones que se presentan por sí solas: fiestas de la Santísima Virgen, mes de mayo y mes del Rosario, octavas y novenas existentes en honor de Nuestra Señora, etc. Muchos predicadores tienen que hacer aquí su *mea culpa*. Con motivo de predicaciones supuestamente marianas hablan de todo, menos de su tema. Sacan demasiado a menudo sus clichés habituales, sin hacer siquiera un pequeño esfuerzo por adaptarlos al tema mariano.

En estas circunstancias hay que predicar a María, lo cual no impide evidentemente las aplicaciones prácticas que se presentan por sí mismas, puesto que la vida mariana no es en definitiva más que la vida cristiana vivida bajo la dirección, según el modelo y con el concurso de la Madre de Dios y en unión con Ella. Pero estas consecuencias prácticas deben ser sacadas de consideraciones marianas, tratadas en función de los privilegios y virtudes de la Santísima Virgen. Y quien no se sintiese capaz de hacerlo, no debería aceptar predicaciones de esta clase.

Y no se diga que la predicación mariana está pasada de moda, que no atrae a los fieles, y que se tendrá que predicar delante de bancos o asientos vacíos. Esto sucede, es verdad, cuando la predicación mariana, como es muy frecuente por desgracia, está vacía de ideas y no se inspira más que en un vago sentimentalismo, sin fundamento sólido. En algunas diócesis de Holanda y Bélgica se

predicaron, hace unos veinte años, cientos de octavas estrictamente marianas sobre un tema común para preparar la consagración mariana de las parroquias. Pues bien: estas predicaciones fueron seguidas con pasión, hasta el punto de llenar las iglesias dos y tres veces por día.

Prediquemos a María en las ocasiones que se presenten por sí solas. Cuando estas ocasiones faltan, creémoslas. Es deseo del Santo Padre que en todas partes se haga la consagración individual a la Santísima Virgen, y asimismo la consagración colectiva y social de las familias, de las parroquias, y por qué no, de nuestros institutos, de todas nuestras organizaciones, de nuestras ciudades, de nuestras comunas, de nuestras provincias. Es también deseable que esta consagración se renueve cada año. Se la ha de entender en su verdadero sentido, y comprender con todo su alcance, con todas sus consecuencias y obligaciones. Las poblaciones deben ser adoctrinadas y formadas sobre este punto. ¡Cuántas ocasiones de practicar una buena predicación mariana, seria y fructuosa!

Como hemos dicho, la predicación mariana, sin excluir sus consecuencias prácticas, ha de ser dogmática. Pero no por eso se ha de convertir en una exposición de seca dialéctica, sino que debe ser rica de doctrina y de enseñanzas. Hemos de predicar la Mariología de la manera más adaptada a nuestro auditorio. La predicación mariana no atrae, y aburre a veces a los fieles, porque muchos predicadores, como ellos mismos lo confiesan, dicen todo lo que hay que decir en una sola pieza de elocuencia, pero en la cual hay tantos lugares comunes machacados, tanto sentimentalismo superficial, que forzosamente los oyentes un poco instruidos han de cansarse de ella rápidamente.

Hay que predicar la doctrina mariana de una manera adaptada a todo público, a niños y adultos, a universitarios y simples obreros, a sacerdotes y religiosos. «*María ha sido desconocida hasta*

ahora», constataba el Padre de Montfort. ¡Qué cierto sigue siendo en muchos casos y en múltiples puntos! ¡Qué riquezas de doctrina se encuentran en la Maternidad divina, la Corredención, la Mediación de todas las gracias, la Maternidad espiritual, la Realeza de Nuestra Señora! ¡Y qué enseñanzas sublimes nos dan los misterios del Rosario, los misterios de la vida terrena de María! Hay en todo esto una gran abundancia de temas, que bien presentados pueden ser comprendidos y gustados perfectamente por el público cristiano.

Pero debe quedar claro que el conocimiento mariano debe ser orientado al amor, como decía Bossuet. Debemos presentar a los fieles una devoción mariana integral. Generalmente se suele desarrollar dos de sus aspectos verdaderos y sólidos: el de la confianza y el de la imitación. Pero limitarse a eso sería incompleto. En la vida mariana hay aún otros aspectos riquísimos, verdaderos mundos: la vida de unión, como tal, con la Santísima Virgen, y la vida de dependencia para con nuestra Madre y Soberana, que es el único aspecto de la vida mariana de Jesús de que se haga mención en el Evangelio; asimismo, la vida para María, esto es, María introducida por principio en el orden de la finalidad, y que es en definitiva el aspecto más importante de todos en el orden práctico.

Otro aspecto también muy importante de la devoción mariana integral es su lado negativo, si se lo quiere llamar así. A veces no se insiste demasiado en ello. San Luis María, en algunas páginas muy ricas y notables, resalta a la perfección el papel decisivo que la Santísima Virgen cumple en la lucha contra Satán y su imperio, y asimismo las actitudes que nosotros, hijos de María, hemos de tener para con el Maldito, y para con sus obras y empresas. Este aspecto bien expuesto reforzaría considerablemente la actualidad de la devoción mariana y el interés de la predicación sobre este tema, y atraería más fácilmente a los hombres a las predicaciones y conferencias marianas. Los hombres deben ser, aquí como en todas

partes, los primeros. Estando aún más expuestos que las mujeres a los asaltos del demonio, les será sumamente beneficioso oír hablar de la doctrina mariana bajo este ángulo, oírse recordar que María, como lo repite el Papa, es la «*Triunfadora de todas las batallas de Dios*», siempre y en todas partes donde se entablen estas batallas, tanto en la arena íntima de cada alma como en el campo de batalla del mundo.

La consagración mariana

Hay que predicar y difundir la devoción mariana íntegra, incluyendo en esta predicación la cumbre y perfección de esta vida en María. Y esta cumbre es la consagración a Nuestra Señora. La consagración es la forma más rica y sintética de la devoción a María, la forma que, bien comprendida, engloba todo lo que debemos ser y hacer para nuestra divina Madre. Desde el 31 de octubre de 1942 la consagración mariana ha dejado de ser un acto de devoción mariana individual y facultativo. Desde entonces pasó a ser una forma oficial de nuestra devoción mariana, asumida definitivamente en la vida misma de la Iglesia. Lo es sobre todo desde que el Papa, en su Encíclica *Auspicia quædam*, expresó el deseo de que la hagan todos los cristianos, y ya hemos recordado cómo el Sumo Pontífice explicó este acto y determinó las condiciones requeridas para que produzca todos sus efectos.

Todo esto es rica materia de predicación mariana incesante, entrañable, y sobre todo beneficiosa.

Objeciones

Sería deseable que desaparezca para siempre la leyenda: «Eso no es para todo el mundo, sino sólo para las almas de élite. Esta práctica se susurra solamente al oído y en el secreto del confesionario, con la recomendación: no lo digas a nadie». Es posible que, al comienzo de su ministerio apostólico, cuando escribió su

«Carta sobre la santa esclavitud de la Santísima Virgen», Montfort haya sido de este parecer, aunque sus palabras admiten otras explicaciones. En todo caso, si tal hubiese sido su punto de vista, lo modificó más tarde, como lo demuestran tanto el texto citado más arriba como su modo personal de obrar, puesto que predicaba la santa esclavitud ante el gran público, y por este medio y por el Rosario, según el testimonio de su compañero el Padre Des Bastières, convirtió a muchos grandes pecadores.

Y que no se diga: «Es demasiado elevado, demasiado perfecto, muy por encima de la capacidad de los cristianos ordinarios».

El Evangelio, ¿es, sí o no, para todo el mundo, aunque haya en él gran cantidad de cosas que la gran masa de los cristianos no comprende para nada o muy poco? Hay una manera elemental de vivir el Evangelio, el cristianismo, y ya es algo muy bueno. Pero también hay un modo más perfecto de conformarse a él, y eso en miles de grados distintos. «*Qui potest capere capiat*», decía Jesús, y Montfort con Él: ¡Que cada cual lo entienda como pueda!

Hay también una manera elemental de comprender y practicar la santa esclavitud de amor mariano. Todo cristiano puede comprender qué quiere decir darse enteramente y para siempre a Nuestra Señora y dejar que Ella disponga de nuestras oraciones e indulgencias. Según el Tratado, esta es toda la esencia de la perfecta devoción. Y quien realiza este acto, aunque sólo sea con un conocimiento elemental, que juzgamos suficiente para actos mucho más graves —la confesión, la santa Misa y la sagrada Comunión, por ejemplo—, realiza un acto importante con consecuencias graves y consoladoras, como lo explica Montfort. No es de ningún modo necesario, aunque sí deseable cuando se puede, que los cristianos capten con todos sus matices la distinción entre valor meritorio, no comunicable, y los valores satisfactorio e impetratorio de nuestras

acciones, que se pueden transmitir a otros; de modo parecido a como no es necesario para comulgar haber profundizado las explicaciones teológicas sobre la transustanciación, las modalidades de la presencia de Jesús en la Eucaristía, etc. Se podrán dar estas explicaciones, sobre todo en presencia de un público más cultivado, pero se puede ser perfecto esclavo de María sin comprenderlas del todo.

Se podrá objetar aún: «El acto de consagración no es aquí lo principal, sino vivir en este espíritu...». ¡De acuerdo! Pero obsérvese bien que Montfort describe esta vida bajo dos formas diferentes: las prácticas interiores, destinadas a las almas que Dios llama a una elevada perfección, y la forma más sencilla de los cinco deberes que los predestinados deben cumplir para con la Santísima Virgen, su Madre. Ahora bien, ¿qué hay de más accesible, en teoría y en práctica, que estas actitudes de hijo para con la Madre de Jesús y nuestra? Se puede ser perfecto esclavo de María sin comprender el cómo de la vida «en María», y aun sin sentirse llevado a «dejar obrar a María en nosotros».

Notemos, por otra parte, que a veces uno se equivoca sobre la perspicacia de las almas simples, e incluso de los niños, en estos temas sobrenaturales. En nuestra vida hemos tenido ejemplos impresionantes.

Recordemos también lo que ya hemos dicho, que la diferencia entre la consagración tal como la recomienda el Santo Padre y tal como la presenta Montfort no es tan grande. No querríamos hacer decir al Sumo Pontífice lo que sus palabras no contienen. Pero Montfort, en resumidas cuentas, no hace más que explicar la totalidad de la donación, tal como la recomienda el Santo Padre.

Nosotros, después de décadas de experiencia con toda clase de auditorios, sacamos la conclusión de que los cristianos ordinarios pueden comprender perfectamente la consagración mariana, cuando se les explica bien, para hacerla después de una preparación

conveniente y adaptada al medio; y que también pueden vivirla con gran provecho para su alma y para el reino de Dios, sobre todo cuando quieren servirse de ciertos medios puestos a su disposición, como lecturas, reuniones, etc.

Al tratar del apostolado mariano de acción hemos hablado de predicación. Esto vale para los sacerdotes, pero también puede aplicarse en cierta medida a los esfuerzos de apostolado mariano ejercido por los seglares. Con mayor razón todo esto vale para el apostolado ejercido con la pluma. Que quienes son diestros con la pluma se esfuercen por conquistar el mundo y las almas para Cristo por la unión con María, y esto por medio de libros, de folletos, de revistas, de artículos. Este apostolado de la prensa se ejerce mucho en la actualidad, incluso por seglares. Muy bien. Pero no nos imaginemos entonces que la doctrina mariana deba ser servida con cuentagotas. Nuestras revistas religiosas son a veces de una insignificancia desesperante, y no dispensan el alimento mariano sino en dosis mínimas, diluido totalmente en medio de historietas y de pamplinas que apartan totalmente la atención de los lectores del contenido serio de estas publicaciones, y obran por otra parte de manera deletérea sobre el gusto y la formación de nuestro público cristiano. Debemos servir a nuestros lectores un alimento sólido y sustancial especialmente en el ámbito mariano, sin tener necesidad de recurrir a folletines novelescos y a ilustraciones gritonas para llevar la revista a cifras impresionantes de abonados.

Otros medios de apostolado

El apostolado de acción puede ejercerse, incluso por los seglares, de muchas otras maneras fuera de la predicación oral o escrita.

Ante todo, tenemos el ejemplo. Para eso no es necesario posar, ser afectado. Pero quien viva de la vida mariana sencilla y

valientemente, la irradiará alrededor de sí. Hemos conocido varios ejemplos de esta influencia decisiva en el tema, por ejemplo, el de una postulante —¡una postulante!... que no es gran cosa en una comunidad...— que ejercía en una congregación una acción tan profunda como una superiora; o el de una religiosa en la que se comprobaba una fuerza secreta: ¡su vida mariana, que ella dio a conocer por orden de sus superiores, con la consecuencia de que todo el monasterio quedó contagiado de ella!

Y ¿quién no tiene la oportunidad, en una conversación o en una carta, de deslizar una alusión sobre la Santísima Virgen, sobre la vida mariana, sin ser por eso «sermoneador» y molesto?

También es un apostolado mariano del mayor valor difundir lecturas marianas, las obras de los santos sobre este tema, muy particularmente las de Montfort, tan cautivadoras; difundir las revistas marianas serias, sólidas y realmente nutritivas.

Cualidades requeridas

Y que nadie se deje detener por nada ni por nadie, excepto por los Superiores, evidentemente. Pero cuando la Autoridad está con nosotros, ¡adelante a través de todo! como San Pablo, «*opportune*», *importune*, a pesar y por encima de todos los obstáculos. Que nadie se deje desarmar ni por burlas, ni por oposiciones y molestias, ni por los fracasos aparentes o reales. El apostolado mariano de quien se lo ha dado todo a María siempre sale bien: si no es aquí, será allí; si no es ahora, será dentro de veinte o cien años... ¡Piénsese en el ejemplo de San Luis María de Montfort, cuya influencia en la Iglesia no deja de crecer desde hace doscientos cincuenta años! María da a sus servidores, dice Montfort, «*una fe valiente, que los hace emprender y llevar a término, sin vacilar, grandes cosas por Dios y por la salvación de las almas...; una fe firme e inquebrantable como una roca, que los hace permanecer firmes y*

*constantes en medio de las borrascas y de las tormentas»*⁶⁷. No nos apoyemos en nuestro saber y en nuestros talentos, sino en la protección de María. No descuidemos ningún medio, ni siquiera el más moderno. Pero no sea eso el motivo de nuestra confianza; contemos con la Virgen poderosa y fiel. Y que también aquí nuestro apostolado se inspire fielmente, a través de todas las variaciones de la táctica y de la técnica, del espíritu evangélico, que es invariablemente el mismo: un espíritu de humildad, de gran sencillez, de pobreza y de renuncia; pues fuera de eso no seríamos más que címbalos que retiñen, que podrán tal vez divertir, admirar o incluso cautivar a los hombres, pero que no harán ningún bien serio y duradero en las almas.

Y que nuestra actividad apostólica mariana sea también constante y perseverante. Montfort nos advierte que raramente encontró almas que hayan perseverado en la práctica interior de su maravilloso secreto mariano⁶⁸. Esto es también muy cierto en el ámbito de la actividad apostólica en la materia. ¡Debemos «aguantar» un año, diez años, cincuenta años, toda nuestra vida, hasta el fin, hasta el agotamiento total de nuestras fuerzas! Estamos persuadidos de que, incluso con talentos muy modestos, pero fielmente utilizados, se llega siempre a grandes resultados.

Realizaremos grandes cosas por donde menos pudimos esperarlo. Una pequeña sirvienta, después de un retiro mariano, presenta un manual de oraciones según este espíritu a un convento de Ursulinas. Le aceptan el libro «por la buena obra». Pero una religiosa se prenda de él. Se gana así a toda la comunidad, la cual quiere ser apóstol a su vez y siembra la buena semilla mariana

⁶⁷ Tratado de la Verdadera Devoción n. 214.

⁶⁸ El Secreto de María n. 44.

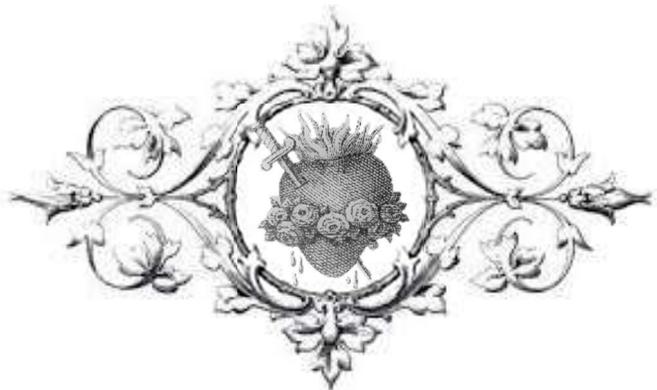
alrededor suyo, hasta la misma Indonesia, y emprende una campaña de propaganda en todos los seminarios de Roma... ¡Es la historia de la semilla, la historia del grano de mostaza que se convierte en un gran árbol!

¡Si el Padre Gravis no hubiese insistido una segunda vez al Padre Poppe para que hiciese una segunda lectura, más «rezada» esta vez, del «Tratado de la Verdadera Devoción», el santo sacerdote flamenco tal vez no hubiese descubierto jamás lo que fue todo el secreto de su santidad, la vida mariana integral, y no lo hubiese comunicado tampoco a millares y a decenas de millares de sacerdotes, religiosos, seminaristas y niños!

A causa de nuestro celo y de nuestro amor, Dios nos concederá hacer algo grande, de una forma u otra, para el reino de Nuestra Señora, y por lo tanto para su propia gloria.

En todo caso, hay una manera al alcance de todos nosotros, de hacer grandes cosas para la dominación de amor de Jesús por María.

Vamos a exponerla.



XV

Apostolado mariano oculto

Según el consejo de Montfort, queremos «*emprender y realizar grandes cosas*» por María, nuestra augusta Soberana y nuestra Madre amadísima.

Pero ¿qué sacerdote, qué religioso, y con mayor razón qué cristiano en el mundo se creará capaz de realizar grandes cosas, en el sentido absoluto y pleno de la palabra, por medio de su actividad apostólica mariana? El sacerdote más celoso, el misionero más ardiente, el apóstol seglar más fervoroso, deberá contentarse la mayoría de las veces en su vida con llegar a lo sumo a algunos millares de personas para conducirlos a Dios por María. Y ¿qué es eso en comparación con los dos mil quinientos millones de hombres que pueblan actualmente nuestra tierra, y que se encuentran llamados todos a glorificar a Dios?

Y sin embargo sería preciso que ahora, ya, enseguida, se hagan grandes cosas en el mundo.

El imperio de Cristo amenazado

El peligro es grande en el reino de Dios. El cáncer de la descristianización ataca a todos los pueblos y prolonga y agrava sin cesar sus desastres. Hay pueblos cristianos en que este proceso comenzó más tarde, y en que el punto de partida del mal estaba situado más alto: pero el mal es general y roe las naciones más cristianas y generosas... ¡Es espantoso constatar la diferencia de porcentaje de «no practicantes» en muchos países entre 1910 y 1950!

Nuestros misioneros conquistan cada año, es cierto, millones de neófitos para la Iglesia de Dios. Pero, al lado de esto, ¿cuántas

pérdidas ha sufrido el cristianismo, por millones y por decenas de millones, especialmente en los países controlados por el comunismo?

Lo sentimos todos: ¡hay que hacer algo! Hay que detener la ola de ateísmo que crece, amenazando con arrastrarlo todo. Y hay que hacerlo rápido. Si no, se perderán demasiadas almas. Si no, podría ser demasiado tarde: el mal se infiltraría demasiado profundamente en la sociedad para poder ser curado con la más dolorosa de las operaciones, una nueva guerra mundial o una catástrofe semejante... Cristo debe reinar: «*Oportet illum regnare!*». Debe hacerlo a cualquier precio. ¡Y este reino es tan limitado! ¡Y este reino parcial está aún en peligro! ¿Qué hacer? ¿Cómo salvar al mundo y establecer y extender, por el reino de María, el reino glorioso de Jesús?

¿Un remedio decisivo?

Creemos que el remedio infalible y decisivo para detener la marea roja y rechazarla, para conquistar efectivamente el mundo para el reino de Cristo por el reino de María, sería el siguiente: que millares y millones de sacerdotes, de religiosos, de buenos cristianos en el mundo, ofrezcan su vida por este ideal. Se trataría de una liga mundial que, con o sin organización exterior, vinculase a todas las agrupaciones cristianas con un fin limitado y determinado, para hacer de ellas un ejército único e inmenso de almas, que avanzase irresistiblemente a la conquista de lo único que importa, en definitiva: ¡el reino de Dios!

Esta liga mundial con organización exterior es sin duda una utopía. Esta exteriorización tampoco es indispensable. En todo caso, podemos difundir este espíritu apostólico a escala mundial, alrededor nuestro. También podemos, y para cada uno de nosotros es lo principal, realizar el acto espléndido de la consagración a María, vivir fielmente de él, y contribuir de este modo a este movimiento de

«resistencia», que acabará por poder más que el tirano que esclaviza y brutaliza el mundo de las almas.

Entiéndasenos bien. Con esto no queremos difundir a vasta escala lo que se llama «acto o voto de víctima», por el que alguien se ofrece, en definitiva, al sufrimiento. No es nuestra intención. Nos parece que este acto no debe hacerse sin inspiración neta de la gracia, después de un noviciado conveniente del sufrimiento, y bajo el estricto control de un prudente y sabio director de conciencia, y estas condiciones se cumplirán muy raramente. Lo que pedimos aquí es que cada uno de nosotros ofrezca para el reino de Cristo por el reino de su dulce Madre su vida tal como Dios se la destina, con todo lo que ella le presenta, las penas y las alegrías, el trabajo y la oración, las distracciones y el descanso, con sus horas exaltadoras y la marcha cotidiana de las propias ocupaciones a menudo banales; en resumen, toda la vida.

Acto de elevado valor

Comiéntese, pues, haciendo este acto de ofrenda de toda la propia vida para el reino de Cristo por María, conscientemente, deliberadamente, después de un retiro, de una recolección, en un día de fiesta de Nuestra Señora o en otro día importante. Que cada cual componga una fórmula, o deje sencillamente hablar a su corazón. Quienes deseen una fórmula ya hecha, podrán encontrarla al fin de este volumen. Este acto significa, por lo tanto, que de ahora en adelante se adopta el reino de Cristo por María como ideal dominante, como único ideal, de toda la propia vida.

No hace falta decir que este acto debe ser pensado, enérgicamente querido e insistente, y no realizado a la ligera, en un impulso pasajero de sensibilidad, sino que ha de ser realmente la ofrenda de toda nuestra vida por este fin sublime. Luego se proseguirá la propia vida, si ya es buena, como antes; se cumplirán

los mismos ejercicios de piedad, se entregará uno a las mismas ocupaciones, aun las más humildes. Pero todo eso quedará interiormente orientado hacia un magnífico ideal.

Queda claro también que este acto no perjudica en nada a la consagración total del esclavo voluntario de amor. Se trata, en definitiva, de esta misma consagración, o al menos de una parte de esta donación, pero hecha con una intención determinada que, como todas las demás, quedará sometida en última instancia a la aprobación de Cristo y de María, aprobación de que no podemos dudar de ningún modo en este caso.

Este acto se realiza por un triple fin superpuesto y coordinado: la gloria o el reino de Dios, el reino de Cristo, y el reino de su santa Madre. Según los atractivos y disposiciones, permanentes o transitorias, de cada cual, se podrá poner más fuertemente el acento en uno u otro de estos fines, coordinados entre sí. Se podrá pensar más formalmente en el reino de Dios o en el reino de Cristo, a condición de recordar habitualmente que no se realiza más que en el reino de Nuestra Señora. Pero no hay ningún inconveniente en que ciertas almas piensen más explícitamente en el triunfo de Nuestra Señora, puesto que este es el medio indispensable e infalible para ir al reino de Dios. Incluso es de esperar que muchos de nuestros lectores, esclarecidos en la materia, lo hagan. Pocos hombres relativamente han comprendido esta conexión necesaria. Sólo de estos puede esperarse que el ideal mariano encuentre en su alma suficiente resonancia.

Almas de deseo

Por lo tanto, hay que suspirar por la realización de nuestro magnífico ideal con grandes ardores de deseo. Esta debe ser la aspiración más ardiente y realmente el voto único de nuestro corazón y de nuestra vida. ¿Acaso el reino de Dios no es, en definitiva, el «*unum necessarium*», lo único necesario, puesto que tal es el fin que

Dios mismo persigue en todas sus obras de gracia y de naturaleza? ¿Acaso un alma que ha comprendido el plan de Dios y ha ordenado en sí misma la caridad, puede desear otra cosa en última instancia? Sí, claro, su propia salvación y santidad personales, pero que ella deseará como una porción del reino de Dios en nosotros, en este mundo y en el otro. Y todos los bienes espirituales y temporales que se pueden desear para sí mismo o para otros, todo lo que uno puede pedir por su familia, sus amigos, su patria, su congregación religiosa, su parroquia, su diócesis, por la misma Iglesia de Dios y por el mundo, ¿no es una parte o un medio de este reino de Dios que ha de establecerse por María? Fuera de esta relación nada ha de tener para nosotros sino muy poco valor.

Toda la vida por este ideal

Como para la misma consagración, el pensamiento del ideal al que hemos dedicado toda nuestra vida debe impregnar y perfumar toda nuestra existencia.

¡En la vida de cada hombre, incluso en la de un sacerdote o religioso, hay tantas horas que, aun desde el punto de vista simplemente humano, pueden parecer perdidas! ¿Cuánto tiempo nos vemos obligados a consagrar diariamente al cuidado y mantenimiento de nuestro cuerpo? Comer, beber, dormir y todos los demás cuidados corporales, para un ser espiritual como el hombre, son poco elevados y un tanto humillantes. También precisamos de distracciones, de descanso, cosas en sí mismas que no tienen nada o poco que ver con aspiraciones superiores. San Pablo sentía vivamente todo esto y sufría por las exigencias de lo que llamaba *«este cuerpo de muerte»*. Pero con un gesto decidido y sublime sobrenaturalizó todo esto, y nos pide que también nosotros hagamos lo mismo, como lo manifiesta su conocidísima recomendación: *«Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios»*. Apoderémonos ávidamente de esta palabra.

Repitamos este gesto que nos libera y ennoblece, y orientemos hacia la gloria de Dios, por el reino de su Madre y nuestra, todas estas acciones ordinarias: ¡beber, comer, dormir, fumar, recrearse, el juego, el deporte, absolutamente todo!



Velázquez Diego, 1645, *“La Coronación de la Virgen por la Trinidad”*, Museo del Prado, Madrid, España.